

Colección Eos

H
056
e 691e
c.R.



AGENTES DE «COLECCIÓN EOS»

<i>San José</i>	José Marín
<i>Heredia</i>	Rafael J. Elizondo
<i>Cartago</i>	Eliás Vargas C.
<i>Alajuela</i>	Ramón Méndez
<i>Limón</i>	Raúl Alvarado
<i>Puntarenas</i>	Ulpiano Fonseca
<i>San Ramón</i>	Nautilio Acosta
<i>Santo Domingo</i>	Humberto Zamora
<i>Naranjo</i>	Demetrio Cordero
<i>Puriscal</i>	J. Fausto Salazar
<i>Diriá (Guanacaste)</i>	Calixto Gutiérrez
<i>Coronado</i>	Juan Méndez Chaves
<i>Liberia</i>	Fabio Aráuz
<i>Juan Viñas</i>	Jaime Marín P.
<i>Barba</i>	Ismael Conejo C.
<i>Atenas</i>	Abel Villegas
<i>Grecia</i>	Claudio Fonseca
<i>San Isidro, Alajuela</i>	Zoila de Delgado

PUNTOS DE VENTA DE EOS: En San José, (Costa Rica), Librería Lectura Barata, frente al Correo.
En Buenos Aires, (República Argentina), Leopoldo Durán, Sáenz Peña, 178.

OBRAS DE HONORATO DE BAIZAC

La casa del gato que pelotea : La paz del hogar	
El contrato de matrimonio : Modesta Miñón	
Beatriz : La misa del ateo : Ursula Mirouet	
Eugenia Grandet : Petrilla : La musa del departamento	
Las rivalidades : El lirio en el valle	
Ilusiones perdidas (2 tomos) : Esplendores y miserias de las libertinas : La última encarnación de Vautrin	
Historia de los trece : El padre Goriot : César Birotteau	
La casa Nucingen : La prima Bel : El primo Pons	
Un asunto tenebroso : El diputado de Arcis	
Reverso de la Historia contemporánea : Los chuanes	
El cura de aldea : Los aldeanos : La piel de zapa	
La investigación de lo absoluto : El hijo maldito	
Los Maranas : Catalina de Médicis : Luis Lambert	
Fisiología del matrimonio	
Disgustillos de la vida conyugal : Juana la pálida	

RODÓ (JOSÉ ENRIQUE)

<i>El mirador de Próspero</i>	0 5.50
<i>Ariel</i>	0.80
<i>Cuentos filosóficos</i>	0.50
<i>Lecturas</i>	0.35
<i>Bo'ivar</i>	0.35

DARÍO (RUBEN)

I. <i>Estudio preliminar</i>	2.70
II. <i>Poemas</i>	2.70
III. <i>Prosa</i>	2.70
<i>Todo al vuelo</i>	2.70
<i>La casa de las ideas</i>	0.35
<i>Prosa y verso</i>	0.75

PEREYRA (CARLOS)

<i>Hernán Cortés y la epopeya del Anáhuac</i>	2.60
<i>Francisco Pizarro y el tesoro de Atahualpa</i>	2.60

INGENIEROS (JOSÉ)

<i>El hombre mediocre. Ensayo de Psicología y Moral</i>	2.70
<i>La cultura filosófica en España</i>	2.50
<i>Italia</i>	0.80

GÓMEZ CARRILLO (ENRIQUE)

<i>Cultos profanos, pasta</i>	2.60
<i>Páginas escogidas, pasta</i>	2.60
<i>Literatura extranjera, pasta</i>	2.60
<i>El alma japonesa</i>	2.60
<i>Reflejos de la tragedia</i>	2.60
<i>La sonrisa de la esfinge</i>	2.60
<i>El encanto de Buenos Aires</i>	2.60

UGARTE (MANUEL)

<i>La novela de las horas y de los días</i>	2.60
<i>Los estudiantes de París</i>	0.50

SUX (ALEJANDRO)

<i>La juventud intelectual de la América Hispana</i>	1.60
<i>Cuentos de América</i>	1.60

LEÓN PAGANO (JOSÉ)

<i>El Parnaso Mexicano</i>	2.50
<i>La Balada de los sueños</i>	0.50

<i>Memorias del Regente Heredia</i> , divididas en cuatro épocas: Monteverde, Bolívar, Boves, Morillo, por J. F. Heredia.....	¢ 2.90
<i>Guri y otras novelas</i> , por Javier Viana.....	2.60
<i>Teatro Argentino</i> , por Juan Pablo Echagüe.....	2.60
<i>El ideal político del liberador</i> (años 1783-1830), por J. D. Monsalve, 2 tomos.....	6.50
<i>Ritos</i> (poesías), por Guillermo Valencia, pasta....	3.70
<i>Ensayos de Historia Política y Diplomática</i> , por Angel César Rivas.....	2.60
<i>Rosas de Pasión</i> (poesías), por José Gualberto P. Canción de Primavera, por José de Maturana....	2.50
<i>Poesías completas</i> , J. S. Chocano.....	0.80
<i>Vicios políticos de América</i> , E. Pérez.....	2.50
<i>Holocausto</i> , (versos) por J. de J. Núñez y Domínguez.....	1.50
<i>Memorias de un oficial de la Legión Británica</i> . Campañas y cruceros durante la guerra de emancipación americana, por Luis de Terán, traductor.	2 00
<i>Triunfos nuevos</i> , Alberto Ghiraldo.....	2.80
<i>Hacia la Universidad futura</i> , por Ernesto Nelson.	2.60
<i>La sombra de Goethe</i> , por A. Donoso.....	0.80
<i>La ciudad de los locos</i> , Juan José de Soiza Reilly...	2.60
<i>Ídola Fori</i> , Torres (Carlos A.).....	1.90
<i>La revolución de México y el imperialismo yanqui</i> , Gonzalo G. Travesí.....	0.80
<i>Bajo el sol y frente al mar</i> , por Luis G. Urbina.....	1.50
<i>Vidas oscuras</i> , por José Rafael Pocaterra.....	2.60
<i>Cuentos y crónicas</i> , por Carrasquilla Mallarino.....	2.60
<i>El hombre de hierro</i> , por R. Blanco-Fombona.	1.60
<i>Memorias de Urquinaona</i> , por Pedro de Urquinaona y Pardo.....	2.60
<i>El Gobierno representativo federal en la República Argentina</i> , por José Nicolás Matienzo.....	5.25
<i>Memorias de Lord Cochrane</i> , por Lord Cochrane..	4.00
<i>Estudio de sociología venezolana</i> , por Pedro M. Arcaya.....	3.60
<i>Memorias del general Rafael Urdaneta</i> , por Rafael Urdaneta.....	2.60
<i>Revista de Revistas</i> , México.....	4.50
<i>Cultura</i> , México.....	¢ 0.25 ej.
<i>Colección Ariel</i> , San José.....	0.50 ej.
<i>Cromos</i> , Bogotá (Colombia).....	0.25 ej.
	0.35 je.

Núm. 33 — JUNIO — Año 1917

San José, C. R.

COLECCIÓN EOS

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS, Editor

INTER-AMÉRICA

ANUNCIO

Inter-América es una nueva publicación que aparecerá mensualmente para circular en las repúblicas americanas. Su propósito es alimentar la comunidad de intereses entre el público lector de las naciones de América. Hasta ahora la barrera del lenguaje se había interpuesto para la difusión de las ideas corrientes entre los americanos de habla española y portuguesa y los americanos de habla inglesa. *Inter-América* se propone concurrir a vencer este obstáculo por medio de la traducción. En cada edición ofrecerá a sus lectores algunas producciones de la literatura general, traducíéndolas del español y portugués al inglés y del inglés al español. Comenzando con la edición de Mayo de 1917, cada número alternado contendrá selecciones de la literatura periodística contemporánea en los Estados Unidos, traducidas al español para hacerlas conocer en las repúblicas americanas donde este idioma y el portugués se usan generalmente. De igual manera, desde la edición de Octubre de 1917, cada nú-

mero alterno incluirá traducciones al inglés de artículos publicados en español o portugués, escogidos en la literatura periodística contemporánea, para su circulación en los Estados Unidos. *Inter-América* vendrá a ser así un órgano de transfusión intelectual entre los americanos que empleen diferente idioma.

Inter-América se ha fundado a insinuación de la Dotación Carnegie para la Paz Internacional, uno de cuyos fines es cultivar sentimientos amistosos entre los habitantes de diversos países, y fomentar la comprensión recíproca y la buena inteligencia entre las naciones.

La publicación de *Inter-América* queda a cargo de la casa editora Doubleday, Page & Company de Nueva York, a la cual debe dirigirse todo asunto relativo a la administración.

CONDICIONES:

Inter-América española se publica cada dos meses.

Inter-América inglesa verá la luz pública cada dos meses a partir de Octubre de 1917.

SUBSCRIPCIÓN ANUAL, FRANCA DE PORTE:

Inter-América española (6 números), 80 céntimos de dólar.

Inter-América inglesa (6 números), 80 céntimos de dólar.

Inter-América española e inglesa (12 números) 1 dólar y 50 céntimos.

NÚMEROS SUELTOS:

Ejemplares de cualquiera edición: 15 cts de dólar.

ADMINISTRACIÓN: DOUBLEDAY, PAGE & COMPANY, Garden City, Nueva York, E. U. A.

REDACCIÓN: 407 West 117th Street, Nueva York, E. U. A.

Para que nuestros lectores tengan una idea del alto valor de la nueva publicación, damos el sumario del n.º. 1.º, junto con los extractos de sus propios redactores:

EL PATRIOTISMO MAS ELEVADO, por *John Grier Hibben*, filósofo, Presidente de la Universidad de Princeton. Este artículo lo reproducimos íntegro a continuación.

EL TRABAJO Y EL CAPITAL—ALIADOS, por *John D. Rockefeller hijo*. El autor expone en este artículo las ventajas que la alianza del trabajo y el capital reportaría al mundo de la industria, así como los inconvenientes que resultan del antagonismo de estas grandes fuerzas sociales, y manifiesta el plan puesto últimamente en práctica en sus propiedades para salvaguardar los intereses del obrero, y procurar aquella mutua inteligencia entre jefes y empleados, base del verdadero progreso industrial, humanitario y social.

¿ES LA SELECCIÓN O LA MUTACIÓN EL AGENTE MAS IMPORNANTE EN LA EVOLUCION?, por *William E. Castle*, profesor de Zoología en la Universidad de Harvard. Artículo dedicado a corroborar la teoría de la evolución por selección, la cual desarrolla el autor por medio de una serie de ex-

perimentos llamados a despertar la atención del mundo de la ciencia biológica. Apoyándose en dichos experimentos, combate la teoría de mutación sostenida por muchos otros biólogos y botánicos, entre ellos De Vries y Johanssen.

EL ESPÍRITU NACIONAL, por *James Harvey Robinson*, profesor de historia en la Universidad Columbia. Este artículo lo reproduciremos también entero en otro número.

EL CIUDADANO, por *James Francis Dwyer*, autor de varias novelas. Cuento que dice de la eterna e infinita poesía de las cosas, de amor y mutuo sostén conyugal, de ensueños que brotan allá lejos con las brisas de la primavera, de luz y obscuridad, de ansias de libertad que alientan en el alma del hombre valeroso a despecho de la férrea garra constrictora de las autocracias y le inducen a buscar refugio a la sombra de una amplia, ecuéname y liberal democracia.

UNA PROPOSICIÓN DE UNIDAD MONETARIA PANAMERICANA, por *E. W. Kemmerer*, economista, ex-profesor de la Universidad de Cornell, hoy profesor en la Princeton. Como su nombre lo indica, estudió el autor de esta proposición y presenta a la consideración de los lectores las ventajas que reportaría a la América la adopción de un sistema monetario uniforme e internacional. Sin cerrar los ojos a los inconvenientes que tal proposición implica, analiza detenidamente la situación monetaria de cada una de las repúblicas americanas y el grado de perturbación que un cambio

de patrón podría acarrear, y prescindiendo por el momento de la vieja Europa, absorbida en complicados problemas bélicos y en sus posibles consecuencias, formula para discusión un proyecto de unidad monetaria panamericana.

LINCOLN EN 1917, por *Herbert Croly*, periodista e historiador. Al recordar el autor los principios justos e inmovibles que salvaron en otro tiempo la integridad de la nación norteamericana, invoca el ejemplo de Abraham Lincoln, el gran estadista y el gran defensor de los derechos de la humanidad, exponiendo su carácter y su personalidad frente a los problemas políticos de aquellos días y a los de la época actual.

LA RELIGIÓN Y EL ARTE, por *Vernon Lee*, seudónimo de Violet Paget, autora de obras históricas y sociológicas. Disertación sobre los rasgos característicos del Arte en relación recíproca con el ambiente histórico, las costumbres, la herencia y especialmente con la Religión. En términos biológicos expresa el autor sus ideas sobre una evolución continua en el arte sufriendo y devolviendo a su vez la influencia de las fuerzas abstractas que se desenvuelven cronológicamente a su alrededor. El temperamento psíquico del artista es el centro hacia el cual convergen todas estas fuerzas y donde se verifica verdaderamente el trabajo de evolución.

EL CANAL DE PANAMÁ Y SU RELACIÓN CON LOS PROBLEMAS INDUSTRIALES, por el

General George W. Goethals. Exposición del director general encargado de los trabajos del Canal sobre la manera en que el proyecto se ha realizado, las diversas dificultades con que se ha tropezado, y la forma en que se ha conseguido obviar todos los obstáculos, esperando labrar allí una fuente de riqueza y de facilidades industriales capaz de extender sus beneficios a toda la América.

EL arte del gobierno consiste en valorizar a los partidos y los hombres: consiste en reconocer y hacer efectivo el valor de cada uno de ellos. Mezquina política será la que tienda a sacrificar, a anular, a esterilizar los partidos que no sean el propio. Toda fuerza de opinión organizada tiene su razón de ser y su función social, y es necesario que se la tome en cuenta. Lejos de propender a reducir las que existen, cuando se mira de lo alto todas ellas se nos figuran pocas con relación a la complejidad de la obra que ha de realizarse.

Palabras del Sr. Presidente de la República de Portugal, don Bernardino Machado, 1917.

Errores notados en el cuaderno n.º 32:

Pág. 239, línea 21, dice «arroja tus maletas», debe decir: *arroja tus muletas.*

Pág. 245, línea 1.ª, dice «como a la luz del mediodía», debe decir: *como a la luz del sol del mediodía.*

Pág. 254, línea 5, dice «comenzados», debe decir: *comenzados.*

EL PATRIOTISMO MAS ELEVADO

Cuando se habla en la América del Norte del amor intenso que alimentamos por nuestra patria, sería conveniente recordar las diversas fases por las cuales han pasado estas palabras «nuestra patria» durante los últimos ciento cincuenta años de nuestra historia. Cuando nuestros antepasados, en su devoción leal, se referían a «nuestra patria», no llevaban tan sólo en mente nuestras colonias de las costas del Atlántico sino que aludían asimismo a nuestra madre patria, Inglaterra. La lealtad naturalmente era inglesa, porque la América del norte pertenecía entonces a la Gran Bretaña por derecho de conquista y de posesión. Mas no era posible mantener a nuestra patria dentro de los límites de esta soberanía original. A través de lucha triunfante por la independencia, la generación siguiente de nuestros antecesores proclamaba que la tierra comprada y sellada con su sangre pertenecía a ellos y a sus hijos exclusivamente y para siempre. Las antiguas ideas de patriotismo sufrieron necesariamente algo semejante a una revolución, y se tradujeron en términos apropiados al nuevo ambiente y a la nueva interpretación de la lealtad. Los hijos de los colonos ingleses, escoceses y holandeses, soldados todos

de la Revolución, pudieron entonces decir orgullosamente: «Esta es *nuestra* patria.» Mas en tanto que así la reivindicaban, nuestra nación se deslizaba más allá de su dominio exclusivo. Hombres de diversas razas y de idiomas extraños compartían con nosotros de manera imprevista el derecho de nacionalidad. No eran solamente los tesoros escondidos bajo el suelo, ni la riqueza intrínseca del terreno lo que atraía a nuestras playas a aquellos extranjeros, sino más que todo aún el espíritu de libertad y la posibilidad de una nueva vida en un mundo nuevo.

Y así no solamente los de la antigua descendencia inglesa, sino también los representantes de todas las razas y naciones del globo gozan hoy de igual privilegio para poner en sus labios las palabras «nuestra patria» con el mismo entusiasmo de sincera y leal devoción patriótica que nosotros. Somos un pueblo mixto. Los extremos de la tierra se tocan entre nosotros. Por consiguiente la idea de patriotismo en nuestra nación no puede confinarse a estrechos límites ni reducirse a la raza. Y particularmente no debe concebirse desprovista de un sentimiento de simpatía comprensiva hacia las necesidades de la humanidad. Pues si bien somos nosotros simplemente una parte del mundo, el mundo entero, sin embargo, forma en cierto modo parte de nosotros. Ningún rincón de la tierra, por remoto que se encuentre, deja de tener algún representante entre nuestro pueblo. Mientras mejor nos estudiemos a nosotros mismos, más capaces seremos de comprender mejor al mundo en general. Así nuestras simpatías tienen que ser al fin cosmopolitas. Para nosotros particularmente el amor a la

patria debe encontrar su natural y lógica expansión en el amor a la humanidad.

Madame de Staël dijo que «el patriotismo de las naciones necesita ser egoísta.» Esto debe interpretarse, sin embargo, dentro de ciertos límites. Y es deber de elevado patriotismo definir y exaltar tales límites. De igual manera que el individuo no se atreve a vivir dentro de sí mismo, así las naciones no se atreven a vivir solamente de su propia vida: falsearían su destino al concentrarlo de manera completa y absorbente dentro de sí mismas. Mas ¿es acaso natural amar a un extranjero, a un extraño, como se ama a su propia casta y a su propia raza? Seguramente que lo es, si profundizamos el sentido en que se usa la palabra «amor.» Esta palabra tiene, en verdad, dos significados muy diversos. Hay una especie de amor identificado con el afecto, con aquel afecto nacido del trato íntimo y de la comunidad de intereses y aspiraciones. Este es el amor que consagramos al círculo íntimo de la familia y amigos. Pero hay también otro sentido en que usamos la palabra «amor». Se refiere a aquel sentimiento con el cual se nos exhorta a amar al prójimo como a nosotros mismos; más aún, a amar a nuestros enemigos. Esta clase de amor es muy diferente. Significa cierta tendencia altruista hacia la humanidad, que se manifiesta en doble forma: en la voluntad de respetar los derechos de todos y cada uno de los hombres, y en el deseo de proveer a sus necesidades. «Hacer justicia, amar la misericordia;» he aquí las virtudes cardinales de religión y moral, de acuerdo con la doctrina del antiguo profeta hebreo. Es más fácil indudablemente obedecer el segundo que el primero de estos

mandamientos. Es más fácil responder a la invocación suprema de amar a los que se encuentran en desgracia, y ofrecerles simpatía leal y ayuda positiva—especialmente cuando esta invocación se dirige a nosotros en tiempo de calamidades y de grandes sufrimientos—que mantener el espíritu y la letra de la justicia en nuestras relaciones con aquellos que no sufren miserias y no invocan ni necesitan amparo de nosotros. A pesar de todo, el amor al prójimo será únicamente una palabra, y casi una burla, siempre que no implique el reconocimiento y el respeto de las leyes del proceder justo y honrado, no sólo entre hombre y hombre sino también entre nación y nación. Nada vale mostrarse misericordioso con aquellos a quienes hemos negado la justicia. La compensación del daño no nos absuelve de la culpa de haberlo cometido. El amor hacia el pueblo de una nación allende nuestras fronteras, con quien hayamos entablado relaciones más o menos estrechas, requiere esencial y primariamente la disposición para tratar honradamente con los extranjeros haciendo caso omiso de que aquella nación sea más débil o más poderosa que la nuestra.

Necesitamos hoy ideas perfectamente definidas y convicciones profundas sobre esta norma fundamental de conducta. Esta verdad no requiere explicación; no ha menester de pruebas. Es indispensable, sin embargo, insistir sobre ella y hacerla penetrar de tal manera en nuestra mente que no sea tan sólo del dominio individual, sino que llegue también a formar parte de las tradiciones patrióticas. Ha sonado la hora de afirmar con mayor energía que nunca nuestras convicciones políticas acerca de las relaciones de nuestro pueblo con todas

las demás naciones de la tierra. Necesitamos reconocer la moral que debe servir de base a toda nación que desee asegurar su estabilidad.

¿Dónde se encuentra la expresión más clara del valor y grandeza moral de aquella idea de justicia tanto individual como nacional? ¿Dónde se encuentra el reconocimiento más profundo de la naturaleza soberana de la ley de justicia? En Alemania, sin disputa. No llevan la voz, por cierto, ni representan la tradición alemana, von Treitschke, ni Nietzsche, ni Bernhardt. Encarnan quizá el espíritu de su época, pero es una época que desaparece. Es Emmanuel Kant, el gran profeta y filósofo alemán, quien expresa el hondo pensamiento de Alemania en palabras que poseen un significado eterno. Le llamo profeta porque habla por su pueblo; y a decir verdad, por otros pueblos también, y por todas las edades. Es el suyo un lenguaje universal. Su filosofía es rigurosa, inflexible en su insistencia sobre la reverencia profunda por las leyes de la justicia, y sobre la obediente sumisión a sus mandatos. Y expresa esta ley en dos máximas fundamentales de moral. Primera: Procede siempre como lo harías si tus acciones hubieran de convertirse en ley universal; y segunda: trata siempre al hombre como un fin en sí mismo y nunca como el medio de llegar a cualquier fin. Esto es, que nuestra conducta individual debe regirse por un patrón que admita universal aplicación. Nuestras conveniencias, necesidades o deseos, y en verdad cualquiera otra consideración particular, no deben pesar absolutamente en la balanza contra la demanda universal por la ley de la justicia. La ley moral no admite interpretación particular. Lo que constituye

el derecho para uno, constituye el derecho para todos. Lo que representa el deber para uno, representa el deber para todos.

La segunda máxima insiste sobre la consideración suprema debida a los derechos de la personalidad humana. El hombre, por ser tal, debe mirarse como fin en sí mismo. No es una cosa, sino una persona, y tratarle como persona es la ley primordial de todas las relaciones de la humanidad. Kant creía además que esta doctrina era aplicable a las naciones a la par que a los individuos. Acariciaba el sueño de que todos los pueblos del globo vivieran unidos en una federación de respeto mutuo y de amistosa cooperación: el sueño de la paz universal. Algún día se verá, quizá, realizado. Cualesquiera que fuesen sus ilusiones, su doctrina es clara respecto de los deberes nacionales e individuales; habló con voz profética al pueblo alemán hace cerca de centuria y media y continúa hablando aún a la Alemania de hoy, y en verdad, a todas las naciones de la tierra, pues que su mensaje no va dedicado a ninguna nación ni a ninguna época en particular, sino a todas las épocas y a todos los pueblos. Y será provechoso para nosotros prestar atención a este mensaje. Se corre siempre el riesgo de injusticia bajo una falsa idea de patriotismo. Es un error moral fundamental el creer que un acto, cualquiera que sea, llevado a cabo como presunto servicio a la patria, queda justificado por esta circunstancia. No nos atrevemos a hacer caso omiso del derecho ajeno en obsequio a la gloria de una nación. Las naciones poderosas no se atreven a expoliar a las más débiles en ventaja propia ni en tiempo de guerra ni en tiempo de paz. Las nacio-

nes como los individuos poseen una personalidad que debe respetarse. Allí se marca el límite de la propia defensa y de la propia expansión. La necesidad no excusa la injusticia. El pretexto de necesidad intenta particularizar la ley del derecho universal. La voz de Kant se eleva en contra de tal proceder. La tradición alemana de honor e integridad moral protesta contra tal atentado. Como Kant lo ha manifestado con insistencia, sólo existe una necesidad en todo el mundo, y ésta es la necesidad de obedecer la ley del derecho. La Alemania del pasado apela a la Alemania del presente con palabras oídas muy a menudo en las discusiones filosóficas de la última centuria. «Volvamos a Kant.» Conviene igualmente a la superficial filosofía política de nuestros días. Estoy profundamente convencido de que el resultado más significativo del actual conflicto europeo será establecer el mismo patrón moral para naciones e individuos, de manera que las promesas nacionales se guarden celosamente de toda vergüenza y de todo reproche. El sentido común y la conciencia de los pueblos así lo requieren.

El mundo ha tardado mucho tiempo en reconocer la responsabilidad moral de las naciones. Realmente en la evolución del concepto de nuestra ética hay tres grados bien definidos, que marcan el progreso de la humanidad hacia la realización más eficaz de los principios fundamentales de moralidad. El primero es aquel grado de la conciencia individual en que el principal objeto de la vida parece concentrarse en mantener la existencia del individuo y promover la realización de sus deseos. El segundo grado marca el despertar de la conciencia social en que se llega a reconocer los propios deberes

hacia los semejantes, y la obligación de respetar la vida del prójimo y procurar su bienestar a la par que el propio. En el tercer grado se revela el reconocimiento no sólo de las obligaciones de cada individuo con respecto a los demás, sino también aquellas que un grupo social, ya sea familia, tribu o nación, debe a los otros grupos sociales con los que se halla en contacto. El tercer grado está todavía en proceso de realización. Y no lo hemos alcanzado plenamente. Estamos desenvolviéndonos, sin embargo, hacia comprensión más clara de nuestras obligaciones internacionales y de raza a raza. Mas queda aún mucho que meditar, mucho que sentir, mucho que intentar. Nosotros, como pueblo, hemos establecido en nuestra vida nacional la tradición de leales relaciones con los demás pueblos. No sólo debe mantenerse esta tradición en el mismo espíritu que caracteriza nuestras relaciones con Cuba o con China—como en la devolución de nuestro fondo de indemnización a aquel país—sino que nos incumbe además discernir nuestras responsabilidades e interpretarlas a la luz de los acontecimientos más importantes y de las necesidades más clamorosas del globo.

Es ocioso quizás insistir sobre la necesidad de expresar simpatía y apoyo eficaz a los que sufren en estos momentos el peso del desastre de la guerra europea. Auxiliar en épocas como la que atravesamos no es solamente un deber: es un instinto. Y nuestro pueblo ha respondido en forma tan rápida, generosa y admirable a la voz que clamaba a través de los mares, que ha revelado patentemente el gran corazón del hemisferio occidental. Las necesidades

de la humanidad doliente hacen hoy más estrecha la unión de Europa y América. No sólo nuestro corazón se ha conmovido, sino que a la par se ha estimulado nuestra mente hasta el punto de que no encontramos dificultad alguna en reconocer como hermanos a todos los extranjeros. Con vívida sensación nos hallamos conscientes de llevar también sobre los hombros el peso de la miseria del mundo. No hay lugar, por cierto, para regocijo nacional, ni ocasión para congratularse porque nos encontramos libres del tributo de vidas y posesiones. Nos sentimos empujados a la par que nuestros hermanos hacia el valle de las sombras y de la muerte; porque las sombras que se han abatido sobre el viejo mundo han obscurecido el nuestro de igual manera.

Cuando la guerra termine y días de paz comiencen a alborear, debe seguir inmediatamente un período de reconstrucción encaminado no solamente a rehacer los recursos materiales, sino a la reorganización de las ideas fundamentales y de los propósitos de la vida. Nuestra parte será muy amplia necesariamente, pues deberemos prestar el apoyo de nuestra fuerza a las naciones debilitadas por los estragos de la guerra. No podemos argüir más tiempo que nos hemos liberado de complicaciones en los asuntos del viejo mundo, y de toda responsabilidad a este respecto, a causa de nuestro aislamiento. La separación de ambos continentes no debe medirse tan sólo por el espacio, sino también por el tiempo; y el tiempo ha disminuído de manera tan enorme, y las comunicaciones se han hecho tan rápidas, que al vivir en América no podemos ya sentir que vivimos en un mundo diferente. Atravesamos

una época en que el espíritu y los rasgos distintivos de los grandes pueblos sufren la prueba del fuego, y debemos aceptar el hecho de que estamos obligados como nación a llevar a cabo nuestra parte de labor en la magna empresa de salvar el alma del universo y establecer las cosas que deben perdurar. La continuidad de la civilización se ha interrumpido en estos momentos en Europa. Las industrias, el comercio, las artes y ciencias, la literatura y la educación, las relaciones internacionales hanse detenido o han cesado completamente de prosperar. La flor de la juventud viril, esperanza y promesa de la generación venidera, ha sido sacrificada. La obscuridad ha reemplazado a la luz, la muerte a la vida. Mucho de lo ganado en centurias de progreso se ha perdido irremediabilmente. Mas todas las fuerzas de la civilización que dan por resultado la paz y la prosperidad se mantienen en América íntegras e incólumes. Conservamos en nuestra mano los hilos del pasado y del futuro; ninguno se ha roto. Pesa, de consiguiente, sobre nosotros, la obligación especial de velar por aquellos tesoros de humana creación que producen la paz y el bienestar de la humanidad. Después que hayan pasado estos días de desolación es preciso erigir un nuevo cielo y una nueva tierra. El mundo debe hacerse mejor: y es nuestro privilegio tanto como nuestro deber contribuir con todas nuestras fuerzas a este resultado. En consecuencia, durante este período de ansiedad y de incertidumbre, sería conveniente que considerásemos sería y concienzudamente la mejor manera de prepararnos para la labor que de seguro recaerá sobre nosotros en el futuro: la empresa de reedificar el mundo.



JOSÉ ASUNCIÓN SILVA

Autor del libro *PROSAS* que acaba de ser publicado en
Ediciones Minúsculas

NUEVO LIBRO

Se ha puesto a la venta el interesante libro del excelso poeta colombiano José Asunción Silva, titulado *PROSAS*.

Está lujosamente editado por las *Ediciones Minúsculas*.

Sobre este gran pensador y alto poeta, no diremos ninguna palabra de elogio sin que nuestro público, antes que nosotros, la haya expresado.

De venta en todas las librerías.

PRECIO: 50 céntimos

EDICIONES MINÚSCULAS

Directores:

C. SALAZAR GAGINI - JULIÁN MARCHENA

TOMOS PUBLICADOS:

- | | | |
|----|---|--------|
| 1. | <i>Las Fantasías de Juan Silvestre</i> , por Carmen Lira..... | ¢ 0.25 |
| 2. | <i>Oro de la Mañana</i> , por Rafael Cardona. | 0.25 |
| 3. | <i>Cuentos Grises</i> , por Carlos Gagini.... | 0.25 |
| 4. | <i>Prosas</i> , por José A. Silva..... | 0.50 |

EN PRENSA:

En esta época de transición es necesario indispensablemente que fijemos una nueva escala de valores en nuestra apreciación de la vida. Durante la última generación particularmente, nos hemos inclinado demasiado a estimar toda clase de valores como si fueran entidades que pudiéramos pesar, medir o contar. Pero moldes concretos no bastan para encerrar los valores que representan un precio supremo. Aun en el manejo de asuntos materiales en medio del mundo práctico de los negocios debemos aspirar a norma más abstracta. En las ansias de su nuevo advenimiento necesita hoy el mundo una nueva conciencia industrial, un sentimiento nuevo de su responsabilidad social, una nueva norma de integridad nacional. Debemos comprender que la fuerza de una nación reside principalmente, no en sus recursos naturales ni en la eficiencia de sus métodos, no en su superioridad numérica, ni en su marina o su ejército, sino en su vigor moral e intelectual. Nosotros, como una sola persona, estamos por la paz permanente y universal que reinará algún día en el mundo; pero es imposible encontrar esta paz o forjarla en un instante. Podremos únicamente asegurar la paz tratando de erigir en nuestra propia vida las cosas que producen paz. No es cuestión sólo de deseo sino de consagración. Si buscamos la rectitud y hacemos que prevalezca en el mundo, la paz será su inmediato resultado.

No es esta una labor sencilla; y para encontrarnos prevenidos cuando la oportunidad se presente, debemos comenzar por someternos voluntariamente a una disciplina de sujeción. Debemos aprender a sufrir dificultades y a simplificar nuestra manera de vivir. No solamente hemos gozado como pueblo demasíadas



comodidades y excesivo lujo, sino que hemos sacrificado demasiado a este lujo y a estas comodidades. Necesitamos poseer la fuerza que nace de la negación. Debemos avergonzarnos de malgastar nuestro tiempo y nuestras energías en empresas infructuosas, mientras agonizan nuestros hermanos en esta horrible lucha a muerte de las naciones; y debemos asimismo avergonzarnos de malgastar nuestro dinero y abandonarnos a expensas innecesarias mientras nuestros hermanos están hambrientos y destituidos. A despecho del rumor de las batallas ha caído sobre el mundo una quietud solemne que debemos apreciar y respetar aun en medio de nuestros placeres. Es indispensable también que comprendamos que la labor de la próxima generación tendrá que desenvolverse en una nueva era, era de mayores oportunidades, de demandas más exigentes y de cargas más pesadas. Únicamente los hombres fuertes serán aptos para tal labor. Si han de estar listos a la llamada, necesitan templarse finamente el alma de antemano. No es cuestión tan sólo de ingenio o de eficiencia, sino de fuentes de vida más poderosas.

Puede argüirse que son excesivamente vagos los deberes a que aludo. Y esto puede ser verdad, porque el deber supremo es siempre indefinido. La suprema responsabilidad que hoy pesa sobre todos es la de descubrir por nosotros mismos el deber que marca la línea de mayor eficacia. Y creo que la voluntad sirve siempre para encontrar esta vía.

La generación venidera que encarnará la nueva historia para el nuevo mundo, puede bien comprometerse para «Aquel Día» con todo ahinco y entusiasmo; el día en que sean llamados a realizar la sublime idea de de-

voción patriótica: la nación al servicio del mundo. Es una verdad que tanto entre los pueblos como entre los individuos, el más poderoso debe convertirse en el servidor de todos. Un hombre servirá mejor a su país según más elevado sea el grado y la amplitud de la idea que hubiere concebido de la misión y los destinos de su patria respondiendo a las necesidades intelectuales, morales y espirituales de todo el mundo. Las hazañas más eminentes de las naciones más encumbradas han consistido en su contribución internacional a los tesoros del pensamiento y del sentimiento humanos, prescindiendo de tradiciones de raza o de fronteras nacionales. Grecia, Roma, Italia, Francia, Inglaterra, Alemania, no son grandes por su fuerza y poderío sino por la virtud de su filosofía, de su arte, sus leyes, su religión, su ciencia y su literatura; por los descubrimientos e invenciones del genio del hombre que han engrandecido las proyecciones de la vida humana en longitud, anchura y profundidad. Lo que realizaron exclusivamente en favor de sí mismas desaparece; lo que hicieron por la humanidad perdura. Colocar una nación a todos los pueblos de la tierra bajo un sentimiento de obligación consciente con motivo de servicios prestados a la humanidad; irradiar desde elevadas regiones luz suficiente para iluminar el globo; comprender plenamente que la rectitud es lo que exalta a una nación; defender la causa de la justicia; y sacrificar las glorias de la conquista por el reino de la paz universal; esto significa verdaderamente conquistar el mundo. Y afortunados serán los que hayan cumplido su parte en tal labor.

JOHN GRIER HIBBEN

REPRODUCCIÓN Y COMENTARIOS

Recoger de la prensa diaria un escrito y reproducirlo en 'Eos', es señalada distinción, y si el ilustrado editor de la revista lo comenta, no sólo es distinción sino honra manifiesta para el autor, sea quien fuere, que sabrá agradecerla—y en el caso presente la agradece como es debido—así sea el comentario adverso a las ideas contenidas en tal escrito.

Publiqué en *La Prensa Libre* un artículo titulado *Libre arbitrio*, para llamar la atención de un notable orador de la Asamblea Constituyente que, faltando a la lógica, negó la libertad moral del hombre y mantuvo su responsabilidad. 'Libertad y responsabilidad, dije, son términos necesariamente encadenados. Quien dice hombre libre dice hombre responsable'. 'Si el hombre es irresponsable, tan irracional es una pena como otra'.

Ni negué ni afirmé la exactitud del principio; señalé la contradicción en que incurría el orador negando la libertad y aceptando la responsabilidad, nada más. Hubiérase tratado de discutir la tesis filosófica de la libertad de albedrío, y yo habría callado como un muerto. ¿Por qué? Por mi incompetencia, confesada sin rubor, primero, porque no nos hubiéramos enten-

dido, después, y por la inutilidad y perniciosos efectos de las discusiones públicas, sobre temas abstractos, por último. La primera razón es evidente, la segunda la tomo del comentario que me ocupa («¡Ah las palabras! ¡Qué Babel! ¡Cómo entendernos!»), y la tercera me la ha enseñado la experiencia. De la discusión salta la luz, se repitió hasta la saciedad. Yo vi saltar la ira, arrastrarse insidiosa la ironía, brotar la palabra dura, la contumelia y la calumnia, perderse las amistades, dividirse las familias, incendiarse la República con las llamaradas del odio que las discusiones encendieron, y llevarla a borde del abismo. Serenada la atmósfera, se hizo constar el número y el horror de los estragos causados por la guerra civil. Hubo muertos por millares; convencidos de error, ¡ni uno! Y así durante casi un siglo! Completado éste, continúa la discusión del mismo idéntico tema.

Y vuelvo al comentario en cuestión.

Pero el orador no sólo pecó contra la lógica sino contra la verdad de un hecho. Afirmó que el principio de la libertad de albedrío había sido muerto por la *ciencia*.

¿Qué dije yo? 'Pero no es cierto que el principio de la libertad moral haya sido muerto por la *ciencia*. No hay más que cerrar los oídos al interés del momento, para oír la voz de más de quinientos millones de cristianos, cuyas ideas, cuyas creencias, cuyas costumbres, cuyas instituciones, cuya vida entera está basada en ese principio moral'. A la afirmación de muerte de un principio, opuse el hecho indiscutible de la supervivencia del mismo. No afirmé ni negué la verdad del principio, sólo afirmé que no está muerto, que 'con-

tinúa imperando en la conciencia individual y en la de todos los pueblos civilizados de la tierra'. No pretendí levantar ningún «edificio lógico... tomando exclusivamente por base una cuestión no resuelta.» Me limité a mostrar, como prueba de la vitalidad del principio que se daba por muerto, las construcciones que se han levantado y se sustentan en el mundo sobre ese mismo principio.

* * *

Y luego, metiendo mi hoz en mies ajena, ¡pecador de mí! agregué: 'Los *sabios* no son la *ciencia*. Los sistemas inventados por ellos reinan y pasan como las modas de París. Queda de esos sistemas el átomo de verdad que contengan, si alguno contienen', pero no hablé de *ciencia espiritualista o materialista, de ciencia atea, de sistemas científicos...*

Conociendo mi inanidad en todo, busqué, para apoyar mi concepto, la autoridad de un crítico de ideas, que a su vez se apoya en la sabiduría de Bergson, de Quinton y de Dastre. Publicado ya mi escrito, descubrí, hojeando a Eos, que el concepto en cuestión no era de mi cosecha. En el n.º 30, página 174, *Discurso de Bergson*, dice: «Durante mucho tiempo, es cierto, fué el filósofo un hombre que para todo tenía respuesta, que asentaba unos principios simples, y deducía de ellos la explicación de lo real y de lo posible. *Así construía un sistema, de hermosa arquitectura acaso, pero necesariamente frágil. Venía luego otro filósofo, quien, con otros principios, labraba un nuevo edificio sobre las ruinas del primero.*»

Parece, pues, claro que el concepto del autor de

Idola Fori y el de Bergson son idénticos al que yo expresé; pero el prudente crítico lo veló en parte con formas dubitativas o condicionales, el sabio Bergson lo vistió con la suavidad y cortesía de su lengua, y yo, en la rapidez y desaliño de una improvisación impuesta por el tiempo, lo eché a la calle cuasi desnudo, como hijo de un hombre que ignora hasta la técnica del arte de escribir.

* * *

«¡Oh el átomo despreciable!» Busco en mi escrito la frase o una equivalente, y no la hallo. Yo, dije: 'Queda de esos sistemas el átomo de verdad que contengan, si alguno contienen'. Bergson no hizo ni esta salvedad, y el crítico autor de *Idola Fori* dice: «Para comprender la esencia de las cosas y conquistar átomos de conocimiento, el hombre...»

Pero parece adivinar, en este segundo comentario, como una velada acusación de que soy enemigo de la ciencia o de que la niego. No sé si estoy en lo cierto; pero voy a razonar como si lo estuviera.

Cuando dije: 'Los *sabios* no son la *ciencia*', dí testimonio de la existencia de ella. Cuando afirmé que 'los principios absolutos, eternos, inmutables como la fuente de donde emanan, ni varían, ni envejecen, ni pasan', dí testimonio de la realidad de la ciencia que esos principios informan. ¿Y cómo hubiera podido negarla sin incidir en la misma atrevida afirmación que originó mi comentado escrito?

Reconociendo, como reconozco, la dualidad de la naturaleza humana y las innegables influencias del espíritu sobre el cuerpo, y las de éste sobre aquél; reconociendo que el espíritu está sometido a la ley de

su naturaleza, como el cuerpo a la de la suya; que aquél en su libre vuelo de insaciable curiosidad investigadora, tiene por objeto tanto el mundo moral como el mundo físico, ¿puedo yo negar la ciencia o ser enemigo de ella?

Se ensancha el espíritu del hombre, se perfecciona y afina con el estudio y la meditación; se explica y se aplica sus propias leyes; arranca uno a uno sus secretos a la naturaleza, y emplea los que descubre en satisfacer las necesidades de la vida y en dilatar el poder de los sentidos, anhelando dar a sus instrumentos la eficacia y la eficiencia de su propia fecunda actividad. Su palabra es fugaz, y la fija escribiéndola; necesita difundirla, y la multiplica imprimiéndola; su vista no alcanza a sondear el espacio inviolado, y levanta hacia él el telescopio; sus medios de locomoción no le satisfacen, por lo lentos, y pone el vapor a su servicio; no le basta y se apodera de la electricidad, la aprisiona en delgado hilo de metal, y hace de ella fuerza, luz, calor y rápido y seguro conductor de su pensamiento y de su voz. Como encantado con este agente, que tan maravillosamente se adapta a sus necesidades, lo lanza luego en el espacio abierto, libre mensajero de sus concepciones y mandatos, a llevarlos de etapa en etapa, o de un solo vuelo, al lugar de la tierra adonde deban ser llevados... Sin cansarse nunca de escurrir su propio mundo y el de las grandezas del externo que solicitaron primero su actividad, tuvo la intuición de la existencia de mundos que escapaban, por su extrema pequeñez, al instrumento de que disponía, y así como para sondear el mundo de los astros, creó el telescopio, para penetrar en el de los

intusorios, creó el microscopio... Pero estoy llevando leña al monte de mi amigo y comentarista, señor Jiménez.

Satisfacer las necesidades humanas y perfeccionar los instrumentos de que se sirve ¿es el fin de las actividades del espíritu? De ningún modo, como el perfeccionamiento y la alimentación del material y de las máquinas de una empresa de transportes, por ejemplo, no es el fin de la empresa. El fin de las investigaciones del espíritu es descubrir la verdad, y como quien dice verdad dice ciencia, se sigue necesariamente que estos dos vocablos son equivalentes. Y si una es la verdad, una es la ciencia. Las contradicciones que se advierten entre las distintas ramas de ella, deben ser imputadas a errores de los sabios que la buscan. ¿Podría decirse que no hay verdad contra la verdad, como se dice que no hay derecho contra el derecho? ¿Me será permitido cerrar esta cansada página con algo que valga la pena de ser conservado y recordado? Dice Newton: «Dios es uno, hay unidad en sus obras, rige al mundo moral la ley de amor; luego, por analogía, otra ley semejante rige al mundo físico; existe la atracción universal; por ésta los satélites tienden hacia sus respectivos planetas; éstos y aquellos hacia el sol, y todos los soles con sus planetas hacia el desconocido, pero necesario centro de atracción universal.»

* * * *

Si no estuviera yo resuelto a no escribir ni una línea más, así me aspen, preguntaría a mi turno, por qué debí recordar «quiénes fueron y quiénes son, entre los llamados hombres de ciencia, los partidarios de la gue-

rra y de la pena de muerte,» en un escrito encaminado a volver al carril de la lógica y de la verdad un debate de la Asamblea Constituyente. Pero no pregunté nada; releo mi escrito y hallo en él la cita que hice de *Idola Fori*. ¿Para qué la hice? Para apoyar mi afirmación de la efímera existencia de los sistemas inventados por los sabios. Y esta cita se refería precisamente a la obra de Darwin y de Spencer! ¿Y por qué escogí este ejemplo entre los que me ofrecía el ilustrado crítico? Porque «El transformismo y la evolución fueron con todas sus deducciones y sus datos colaterales los principios modeladores del pensamiento, la fuente suprema de inspiraciones en la literatura de ideas de la segunda mitad del siglo XIX»; porque «la doble concepción de Darwin y de Spencer domina casi exclusivamente, no tan sólo el campo de las ciencias naturales y de la filosofía, sino la integridad del movimiento intelectual de media centuria»; porque «Esos principios exagerados por los espíritus de segundo orden y por los de todo orden aplicados a las más remotas regiones de la actividad mental, llegaron a convertirse en dogma ennoblecido por sus apóstoles, desvirtuado y empuñeado por sus fanáticos, ásperamente combatido por sus adversarios, pero de un prestigio innegable y de una importancia capital como fuerza directiva de las ideas»; porque «La moral, la política y la sociología buscaban allí sus orientaciones definitivas, la historia, la literatura y la estética se modelaban sobre aquellas nociones que, verificadas en un orden exclusivo de hechos científicos, el de la anatomía, aparecían como el fin de todos los fenómenos vitales, en todos los dominios del conocimiento»; porque, aleccio-

nado por el ilustrado crítico, comprendí la grandeza del edificio derribado, o desquiciado por la sabiduría de Quinton, de Dastre, de Bergson y de Eucken, al decir del mismo crítico, y esa ruina era ejemplo palpable de la afirmación que yo había hecho, y, por último, porque sospeché que esta *ciencia* derrumbada o desquiciada ya, era la que decían haber muerto el principio de la libertad moral del hombre.

Claro parece, pues, que si tuve presentes las ideas, mal pude echar en olvido a los forjadores del «concepto del Estado omnipotente».

Y aquí viene como de molde este pensamiento de mi amigo y comentador: «No nos expresamos con iguales palabras, pero en el fondo diferimos menos de lo que pensamos». Porque en el caso de su vivo apóstrofe, no sólo «diferimos menos de lo que pensamos», sino que quizá no diferimos absolutamente nada. Yo no creo sino en la omnipotencia de Dios.

* * *

Y llego al fin de los comentarios sin saber si me he explicado bien o me he embrollado; pero he llegado para nunca más volver.

«He de sostener que parece existir una gran contradicción en la mente de quien por un lado habla, como el señor XX, de «principios absolutos, eternos, inmutables» de moral, y por otro lado le vuelve la espalda a esos principios para aplaudir en el Estado el acto mismo que acaba de condenar en el individuo».

¿Cuándo, dónde y cómo he aplaudido yo los asesinatos cometidos por los encargados del Poder Público? Porque deben de ser ellos los perpetradores de tales

asesinatos, puesto que oigo decir que el Estado es una *abstracción*. Por el contrario, si yo aplaudiera algo con entusiasmo sería el castigo de los que, encargados de velar por los derechos de todos, los violan descarada o encubiertamente.

«Si el asesinato es una mala acción, ha de serlo absoluta, eterna, inmutablemente, y el asesino debe ser reprobado absoluta, eterna e inmutablemente, llámese Juan o llámese Estado». ¿Quién lo duda? Pero la gran contradicción de mi mente no parece.

X X

Doy al señor XX las más expresivas gracias por el honor que ha hecho a las cuatro frases que en el n.º 31 de EOS puse al pie de su hermoso artículo. Por hoy no tengo nada que agregar. ¿Que en algunos de mis reparos no tuve acierto, que mis tiros fueron al aire, pues no estaba el adversario donde yo me lo imaginaba? ¡En hora buena! Ojalá hubiera sucedido así siempre. Quise tan sólo exponer mis ideas. Ojalá que cada vez que lo intente no resulte herido nadie. Sobre todo, que no resulte herida ninguna persona tan digna de respeto y admiración como el señor XX.

Voy ahora a copiar de nuevo el trozo de Bergson a que se refiere el señor XX, porque me parece que el sabio filósofo viene más bien en mi ayuda al insistir claramente sobre la diferencia que ha habido hasta hoy entre la CONSTRUCCIÓN PROGRESIVA de los científicos y el TEJER Y DESTEJER de los filósofos. Yo subrayo:

El filósofo, en mi concepto, es, ante todo, el hombre que está siempre dispuesto, cualquiera que sea su edad, a volver a ser estudiante. Y es que, aun en filosofía, no debe hablarse más que de lo que se sabe; y aun en filosofía, no se sabe una cosa hasta que no se ha aprendido. Durante mucho tiempo, es cierto, fué el filósofo un hombre que para todo tenía respuesta, que asentaba unos principios simples, y deducía de ellos la explicación de lo real y de lo posible. Así construía un sistema, de hermosa arquitectura acaso, pero necesariamente frágil. Venía luego otro filósofo, quien, con otros principios, labraba un nuevo edificio sobre las ruinas del primero. Concebida de esta suerte, la filosofía corre el riesgo de tener siempre que volver a empezar; muchos pensarán que es un mero entretenimiento del genio, una especie de juego, y *que la ciencia sola es un trabajo serio*. Bien distinta es la idea que debemos hacernos de la filosofía. Es esta una investigación, cuyo método difiere, en algunos puntos, del método de la ciencia positiva, pero *tan susceptible de precisión y de rigor como la ciencia misma*. Pero el filósofo deberá resignarse, como el científico, a no estudiar más que un corto número de puntos, a no plantear más que un corto número de problemas; sólo con esta condición obtendrá resultados duraderos. Otros filósofos continuarán su labor; y *así la filosofía, como la ciencia, se hará en colaboración, y progresará indefinidamente*, en lugar de tejerse y destejarse sin cesar como la tela de Penélope. La unidad de la filosofía ya no será la de una cosa hecha, como la de un sistema metafísico; *será la unidad de una continuidad, de una curva abierta que cada pensador*

prolongará, tomándola en el punto en que otros la dejarán. Pero la filosofía, así concebida, si no exige ya que el filósofo tenga genio, requiere, en cambio, una labor mucho más prolongada, un esfuerzo mucho más penoso que si se tratara simplemente de construir un sistema metafísico con la dialéctica por instrumento y las imaginaciones por material.

A mes yeux, le philosophe est avant tout un homme qui est toujours prêt, quel que soit son âge, à se refaire étudiant. C'est que, même en philosophie, on ne doit parler que de ce qu'on sait; même en philosophie, on ne sait une chose que lorsqu'on l'a apprise. Longtemps, il est vrai, le philosophe fut l'homme qui avait réponse à tout, qui posait quelques principes simples et en tirait déductivement l'explication du réel et du possible. Il construisait ainsi un système qui pouvait être d'une fort belle architecture, mais qui était nécessairement fragile. Une autre philosophie survenait, qui posait d'autres principes et bâtissait à nouveau sur les ruines de l'autre. Ainsi entendue, la philosophie risque d'être toujours à recommencer; beaucoup n'y verront qu'un délasement de l'esprit, une espèce de jeu, à côté de la science qui serait le seul travail sérieux. Tout autre est l'idée que nous devons nous faire de la philosophie. C'est une recherche dont la méthode diffère, par certains côtés, de celle de la science positive, mais qui est susceptible de la même précision, de la même rigueur que la science elle-même. Seulement il faut que le philosophe se résigne, comme le savant, à n'étudier qu'un petit nombre de points, à ne poser qu'un petit nombre de problèmes; à cette condition seulement il obtiendra des résultats qui resteront. D'autres philosophes continueront son travail; et ainsi la philosophie se fera en collaboration, progressera indéfiniment comme la science, au lieu d'être comme la toile de Pénélope, toujours à refaire. L'unité de la philosophie ne sera plus alors celle d'une chose toute faite, comme l'était celle d'un système métaphysique; ce sera l'unité d'une continuité, d'une courbe ouverte que chaque penseur prolongera, en la prenant au point où elle était.

Mais si la philosophie, ainsi entendue, n'exige plus du philosophe qu'il ait du génie, en revanche elle lui demande un travail bien plus prolongé, un effort bien plus pénible, que s'il entreprenait simplement, avec la dialectique pour instrument et ses imaginations pour matériaux, de construire un système métaphysique.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

La historia de Juan de Flandes

Juan de Flandes era bueno y dichoso. Debía al trabajo de sus manos sencilla abundancia y sana alegría. Cultivaba su campo, en el que el viento encrespaba como un mar, las mieses de oro, y cuidaba su casa, limpia y luciente como una taza de plata. Juan de Flandes no envidiaba a los poderosos del mundo, ni era envidiado por ellos.

Una noche, todo era plenitud, todo era saboreada conciencia en su ventura. La cena había terminado. La mujer, dulce y fuerte, como cumplía a aquel varón, ordenaba sobre la mesa un vaso de flores. Dos animadas esperanzas, niña y niño, confundían sus bucles sobre un libro abierto. El lucio can de la casa reposaba a los pies del amo. Juan de Flandes, dejando aplacarse el vapor de su té, repartía su pensamiento entre la contemplación de aquella paz y el trabajo del siguiente día.

Llaman a la puerta. El buen hombre se dirige a abrir. Encuentra en el umbral a un recio mocetón de pelo rubio, cabeza altiva, de rudas facciones, azul de acero en los ojos, un gesto de desdén en los labios. hermoso tipo marcial.

El forastero saluda resueltamente a Juan de Flandes.

—Señor—le dice—, su vecino de al lado me ha inferido grave ofensa, y debo matarlo. No puedo entrar por su puerta, porque la tendría que forzar y me sentirían. Necesito que usted me deje pasar por su tejado. ¿Quiere usted dejarme pasar por su tejado para ir a matar a su vecino?

Juan de Flandes escuchó las primeras palabras con asombro, las últimas con estupefacción. Luego, fluctuando entre una grave inquietud y la idea de ser objeto de una burla, dijo al forastero:

—Señor, nada me interesan a mí los agravios de usted con mi vecino. No guardo queja de él, y soy hombre de paz. Tenga usted la bondad de retirarse. Buenas noches.

A esa respuesta, el recio mocetón, puñal en mano, arremetió sobre Juan de Flandes y lo echó por tierra, herido en medio del pecho. Resonó un ¡ay! de agonía. Acudió el vigilante can y cayó junto al cuerpo del amo. Vinieron en apretado grupo la hacendosa mujer, los blondos niños, y después de un grito de espanto, quisieron oponerse al paso de aquel hombre. Retrocediendo ante el brazo homicida, cayeron, uno tras otro, madre e hijos; volcóse en esta confusión, la lámpara que había iluminado el dulce reposo, mordió el fuego las cortinas. Y en un instante, todo fué, en la casa del trabajador, sangre y llamas, desolación y muerte.

Mientras tanto, bajo la imparable mirada de la noche, el forastero, deslizándose al tejado del vecino, murmuraba, como quien habla para su conciencia:

—Era mi derecho: necesitaba pasar—J. E. RODÓ.

Imp. y Librería de Falcó & Borrásé. San José, C. R.

EDICIONES MINSÚCULAS, vol. IV. Directores: C. Salazar Gagini y Julián Marchena. Por lo que toca a la presentación, hemos de asegurar que constituye un triunfo de los señores editores Falcó & Borrásé. Del acierto de los señores Directores, hablará mejor que nosotros el propio sumario del volumen que señalamos:

- 1 *Leyendo a Silva*, de Guillermo Valencia.
- 2 *¡Poeta yol*, de Asunción Silva. (Lo mismo que los números siguientes).
- 3 *Dos libros*.
- 4 *Carta abierta*.
- 5 *La protesta de la Musa*.
- 6 *El paraguas del Padre León*.
- 7 *De sobremesa*.

El Marconigrama, de Londres, nos. 7 y 8. Excelente en todos conceptos. En otro lugar reproducimos algunas de sus notas sueltas.

Revista de Revistas, de México, n.º 362. Este conocido y justamente apreciado semanario ha abierto una sección con el nombre de «Nuestros pensadores y la guerra europea». Nos proponemos reproducir algunos artículos de dicha sección. Comenzaremos en nuestra próxima edición.

Renacimiento, de Guayaquil, n.º IX. Abundante literatura. Muy importante el artículo sobre intercambio intelectual, del Sr. A. Espinosa Tamayo.

Revista Técnica Ferroviaria, Año II, n.º 19. Publicación mensual. Director: F. Trias (La Plata, calle 8, n.º 488).

España y América, de Cádiz, año VI, n.º 55. Bien elegidas las composiciones del suplemento «Literatura Hispano-americana».

Colección Ariel, Cuadernos 92-93-94. Escogido material.

Cordelia, n.º 16, publicación mensual dedicada a la mujer costarricense y dirigida por don José Fabio Garnier. ¡Salud!

Letras, de Santo Domingo, n.º 8. Buena lectura y bonitas ilustraciones.

El Foro, t. XIII, n.º 4. Celebramos su reaparición.

Esfinge, n.º 38. «¡Altas letras!»

Poifirio Díaz, «algunas palabras en pro y algunas en contra del dictador mexicano». Folleto muy interesante.

Vargas Vila, ojeada crítica de sus obras por don Alejandro Andrade Coello (Quito 1912). Ojeada contra Vargas Vila.

EDICIONES MINIMAS

CUADERNOS MENSUALES DE CIENCIAS Y LETRAS

Directores: Ernesto Morales y Leopoldo Durán

NÚMEROS EN VENTA:

RUBÉN DARÍO
EDGAR POE
CLEMENTE ONELLI
ANDRÉS TERZAGA
ALMAFUERTE

Cabezas
Las Campanas y otros poemas
Aguafuertes del Zoológico
Lineas
Amorosas

EN PRENSA:

ENRIQUE HERRERO DUCLOUX **Del diario de mi amigo**

Dirijase la correspondencia a LEOPOLDO DURÁN, Sáenz Peña, 178, Buenos Aires (República Argentina).
De venta en San José, C. R., Librería Falcó y Borrásé, 7.^a Avenida, Este, N.º 42 : Precio 40 céntimos ejemplar.

NOSOTROS

Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias sociales.

(FUNDADA EL 1.º DE AGOSTO DE 1907)

Premiada con Medalla de Oro en la Exposición Internacional de San Francisco de California (1915) y en la Exposición Nacional de Artes Gráficas (1916).

Directores: *Alfredo A. Bianchi* y *Roberto F. Giusti*; Secretario, *Julio Noé*; Administrador-Gerente, *José Blanco Caprile*.

Dirección y Administración: Florida, 32, Buenos Aires, (República Argentina).

De venta en la Librería Falcó & Borrásé, 7.^a Avenida, Este, 42. Precio: ₡ 1.75. ej.

<i>Ediciones Minimás</i> , Buenos Aires.....	0.40 ej.
<i>El Marconigrama</i> , Londres.....	0.60 ej.
<i>El Literario</i> , Bogotá.....	0.10 ej.
<i>Esfinge</i>	0.25 ej.
<i>Cultura</i> , Colombia.....	0.80 ej.

CULTURA

SELECCIONES DE BUENOS AUTORES
- EN CUADERNOS QUINCE SALES -

Apartado 4527 DIRECTORES: MÉXICO, D. F.
AGUSTÍN LOERA Y CHÁVEZ Y JULIO TORRI

NÚMEROS PUBLICADOS:

Cuentos y Semanas alegres, de Micròs con prólogo de Luis G. Urbina.
Escritos de José E. Rodó, con un estudio de P. Enriquez U.
Cuentos, de M. Gutiérrez Nájera, con unas primeras palabras de Margarita Gutiérrez Nájera.
El Pájaro Azul, de M. Maeterlink, traducción de Roberto Brenes Mesén e ilustraciones de S. Herrán. 2 t.
Poesías selectas, de Sor Juana Inés de la Cruz, con un estudio de Manuel Toussaint.
Versos selectos, de Rubén Darío.
Prosas, de Ignacio M. Altamirano.
Cuentos de Andersen.
Poemas escogidos, de Manuel José Othón ilustrados por Julio Ruelas.
Escritos, de Enrique José Varona, prólogo de A. Caso.
Poesías selectas, de Guillermo Valencia con prólogo de Manuel Toussaint.
El Cantar de los Cantares, traducción y notas de Rafael Cabrera.
Poesías selectas, de Salvador Rueda.
Guillermo Prieto, selección y estudio de D. Luis González Obregón.
Leopoldo Lugones, selección y estudio de A. Castro Leal.
D'Annunzio, traducción y estudio Carlos González Peña.

EN PRENSA:

Poesías, de Francisco González Guerrero.
Prosas, de Julio Torri.
Salomé, de Oscar Wilde, traducida por Efrén Rebollo.
Peter Pan, de J. M. Barrie, traducción de Julio Torri.

Se solicitan agentes generales en las principales poblaciones de la República y del Exterior para la venta de CULTURA. Para informes dirigirse al Administrador. México, D. F. : Apartado 4527.

De venta en San José, C. R., Librería Falcó y Borrásé, 7.^a Avenida, Este, N.º 42 : Precio 50 céntimos ejemplar.

BIBLIOTECA POPULAR

Los Grandes Pensadores

Esta interesante Biblioteca por su meritoria labor de divulgación científica, filosófica y literaria, debe figurar en todas las Sociedades obreras, políticas instructivas y de carácter progresivo y en la biblioteca de todos los amantes de la cultura y el progreso.

TOMOS PUBLICADOS

VÍCTOR HUGO.....	Páginas escogidas.	:
F. PÍ Y MARGALL.....	Las Clases Jornaleras.	:
VOLTAIRE.....	Miscelánea Filosófica.	:
P. J. PROUDHON.....	La Propiedad.	:
F. LAURENT.....	Crítica del Cristianismo.	:
EDUARDO BENOT.....	Temas Varios.	:
ELISEO RECLUS.....	El Hombre y la Tierra (frag).	:
ERNESTO RENAN y.....	Las Ciencias históricas y las	:
M. BERTHELOT.....	Ciencias naturales.	:
EMILIO ZOLA.....	Crítica Social.	:
J. MITCHELET.....	De los Jesuitas.	:
CAMILO FLAMMARIÓN.....	La Vida.	:
DIDEROT.....	La Religiosa.	:
F. LAMENNAIS.....	Palabras de un creyente.	:
P. KROPOTKINE.....	Palabras de un rebelde.	:
J. J. ROUSSEAU.....	El contrato social	:
H. SPENCER.....	Creación y evolución.	:
J. JAURÉS.....	El Socialismo.	:
STUART MILL.....	El utilitarismo.	:

EN PRENSA

C. VOLNEY.....	Las ruinas de Palmira.
CH. DARWIN.....	El Hombre y su origen.
L. TOLSTOV.....	La gran tragedia.
CH. DICKENS.....	Los tiempos difíciles.
M. GORKY.....	Los vencidos.
H. IBSEN.....	Amor y Odio.

Estos libros constan de 100 a 150 páginas y es muy elegante su presentación. De venta en la Librería de Falcó y Borrásé, 7.^a Avenida, Este 42. Precio: **50 céntimos** tomo.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

Colección Eos



Tomos empastados de 200 a 250 pág. a 80 CÉNTIMOS

- 1 *Siete ensayos*, R. U. Emerson, 2 tomos.
- 2 *Las leyes sociológicas*, G. de Greef.
- 3 *Problemas sociales contemporáneos*, A. Loria.
- 4 *La defensa de los trabajadores y la jornada de ocho horas*, C. Kautsky.
- 5 *Filosofía y Sociología*, F. Giner de los Ríos.
- 6 *Leopardi a la luz de la ciencia*, G. Sergi, 2 tomos.
- 7 *Esencia del Cristianismo*, A. Harnack, 2 tomos.
- 8 *Evolución de las creencias y de las doctrinas políticas*, G. de Greef, 2 tomos.
- 9 *La cuestión social es una cuestión moral*, Th. Ziegler, 2 tomos.
- 10 *El Jardín de Epicuro*, Anatolio France.
- 11 *El Feminismo en las sociedades modernas*, E. González Blanco, 3 tomos.
- 12 *Los ideales de la vida*, W. James, 2 tomos.
- 13 *Concepto de la Sociología y un estudio sobre los deberes de la riqueza*, G. de Azcárate.
- 14 *Razas superiores y razas inferiores*, N. Colajani, 3 ts.
- 15 *Sa-tor Resartus*, T. Carlyle, 2 tomos.
- 16 *El destino del hombre*, J. Fiske.
- 17 *La conciencia criminosa*, M. Longo.
- 18 *La ciencia de la educación*, R. Ardigó, 2 tomos.
- 19 *La sanidad social y los obreros*, I. Valenti V., 2 ts.
- 20 *Antropología criminal*, E. Laurent.
- 21 *Místicos y sectarios*, P. Rossi, 2 tomos.
- 22 *Nuevos delictos penales*, P. Dorado.
- 23 *El Socialismo y el pensamiento moderno*, A. Chiappelly, 2 tomos.
- 24 *Genealogía de los símbolos*, D. Ruiz, 2 tomos.
- 25 *La evolución humana individual y social*, G. Sergi, 2 ts.
- 26 *Política social y Economía política*, G. Schmoller, 2 ts.
- 27 *De los delitos culposos*, A. Angiolini, 2 tomos.
- 28 *El Arte en la muchedumbre*, G. Piazzi, 2 tomos.
- 29 *Egoísmo y altruismo*, J. Antich.
- 30 *El concepto de la existencia*, A. Diroff.
- 31 *El materialismo histórico y la sociología general*, A. As-turaro.
- 32 *El alma de la muchedumbre*, P. Rossi, 2 ts.
- 33 *La Filosofía y la Escuela*, A. Angiulli, 3 tomos.

EDICIONES MÍNIMAS

CUADERNOS MENSUALES DE CIENCIAS Y LETRAS

Directores: Ernesto Morales y Leopoldo Durán

NÚMEROS EN VENTA:

RUBÉN DARÍO	Cabezas
EDGAR POE	Las Campanas y otros poemas
CLEMENTE ONELLI	Aguafuertes del Zoológico
ANDRÉS TERZAGA	Lineas
ALMAFUERTE	Amorosas

EN PREENSA:

ENRIQUE HERRERO DUCLOUX **Del diario de mi amigo**

Dirijase la correspondencia a LEOPOLDO DURÁN, Sáenz Peña, 178, Buenos Aires (República Argentina).

De venta en San José, C. R., Librería Falcó y Borrásé, 7.^a Avenida, Este, N.º 42 : Precio 40 céntimos ejemplar.

NOSOTROS

Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias sociales.

Directores: *Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti*; Secretario, *Julio Noé*; Administrador-Gerente, *José Blanco Caprile*.

Dirección y Administración: Florida, 32, Buenos Aires, (República Argentina).

De venta en la Librería Falcó & Borrásé, 7.^a Avenida, Este, 42. Precio: ₡ 1.75. ej.

CULTURA

Revista mensual de asuntos nacionales, ciencias, arte, literatura y vida extranjera.

Directores: Agustín Nieto Caballero y Gustavo Santos.

Dirección: Carrera 6ª, N.º 240 : Apartado 163 : Bogotá (Colombia) : Valor de la suscripción a 6 números \$ 1.80.

Se reciben suscripciones en la Librería Falcó y Borrásé, 7.^a Avenida, Este, N.º 43 : San José, Costa Rica.

Apartado 4527 DIRECTORES: MÉXICO, D. F.
AGUSTÍN LOERA Y CHÁVEZ Y JULIO TORRI

NÚMEROS PUBLICADOS:

Cuentos y Semanas alegres, de Micrós con prólogo de Luis G. Urbina.

Escritos de José E. Rodó, con un estudio de P. Enriquez U. *Cuentos*, de M. Gutiérrez Nájera, con unas primeras palabras de Margarita Gutiérrez Nájera.

El Pájaro Azul, de M. Maeterlink, traducción de Roberto Brenes Mesén e ilustraciones de S. Herrán. 2 t.

Poesías selectas, de Sor Juana Inés de la Cruz, con un estudio de Manuel Toussaint.

Versos selectos, de Rubén Darío.

Prosas, de Ignacio M. Altamirano.

Cuentos de Andersen.

Poemas escogidos, de Manuel José Othón ilustrados por Julio Ruelas.

Escritos, de Enrique José Varona, prólogo de A. Caso.

Poesías selectas, de Guillermo Valencia con prólogo de Manuel Toussaint.

El Cantar de los Cantares, traducción y notas de Rafael Cabrera.

Poesías selectas, de Salvador Rueda.

Guillermo Prieto, selección y estudio de D. Luis González Obregón.

Leopoldo Lugones, selección y estudio de A. Castro Leal.

D'Annunzio, traducción y estudio Carlos González Peña.

Salomé, de Oscar Wilde, traducida por Efrén Rebolledo.

EN PRENSA:

Poesías, de Francisco González Guerrero.

Prosas, de Julio Torri.

Peter Pan, de J. M. Barrie, traducción de Julio Torri.

Se solicitan agentes generales en las principales poblaciones de la República y del Exterior para la venta de CULTURA. Para informes dirigirse al Administrador. México, D. F. : Apartado 4527.

De venta en San José, C. R., Librería. Falcó y Borrásé 7.^a Avenida, Este, N.º 42 Precio: 50 céntimos ejemplar.

San José, C. R.

COLECCIÓN EOS

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS, Editor

El espíritu nacional

I

Si un observador curioso busca la palabra «nacionalidad» en la edición más reciente de la «Enciclopedia Británica» encontrará doce líneas acerca de «un término de cierta vaguedad» usado en derecho internacional. Encontrará además un poquillo sobre himnos nacionales, algo más sobre talleres nacionales, y más aún sobre deudas nacionales. Llegado a este punto, su curiosidad seguirá la misma que antes.

En agosto de 1914 este término casi olvidado asumió de pronto terrible significación. Anteriormente el espíritu de nacionalidad se había aceptado en conjunto como un sentimiento noble aunque, semejante a otros nobles sentimientos, pareciera estorbar en ciertas ocasiones; mas cuando las principales naciones de Europa se arrojaron unas a la garganta de las otras en nombre de la nacionalidad, los pensadores de fuera comenzaron a dudar si sería exacta esta general y favorable apreciación de un sen-

timiento tal que daba margen a males sin precedente. Los que han llegado a estimar la guerra como una especie de aberración criminal indigna de nuestra época, no pueden menos que discutir las razones que la nacionalidad ofrece para perpetuar el conflicto armado entre pueblos civilizados. Si la nacionalidad produce la guerra, arguyen ellos, debe ser entonces un sentimiento pernicioso del cual debemos desprendernos en seguida, o modificarlo por lo menos en forma tal que pierda sus horribles rasgos. Mas de otro lado, el espíritu nacional en su forma moderna representa el patriotismo, y se nos ha inculcado desde la infancia que nunca podremos alentarlos demasiado, pues no existe sentimiento más digno de los hombres ni más agradable a Dios que el amor a la patria. Todos los himnos nacionales preconizan esta doctrina.

Nada hay de extraordinario, sin embargo, en el caso de estimular una emoción capaz de producir horribles desastres. El patriotismo es semejante a la religión y al amor a este respecto. Para el ingenuo estudiante de historia los males de la religión son mucho más patentes y fáciles de demostrar, por decir lo menos, que sus buenos resultados. Y en cuanto al amor, los elogios de San Pablo en el capítulo 13 de su Epístola a los Corintios, podrían refutarse completa y terminantemente por las observaciones prácticas que demuestran que el amor es cruel, lleno de vanagloria, y se busca a sí mismo con el más fútil pretexto; que imagina inmediatamente todo lo malo, soporta muy poco, y se maneja en general de la manera más inconveniente.

El sentimiento nacional es sólo un ejemplo patente de aquellos entusiasmos de cuerpo que se generan espontáneamente tan pronto como el individuo se halla formando parte de cualquier agrupación. Ya se pertenezca al Instituto Francés, a las Hijas de la Revolución, ya sea uno brequero de una compañía de ferrocarriles o delegado al Congreso Eucarístico, ya dé vivas a Harvard o ascienda a su árbol genealógico, la propia personalidad se expande de la manera más agradable. El pequeño, desconfiado y descontento «Yo» se convierte en el pomposo y satisfecho «Nosotros.» Tan preciosa nos es esta exaltación y dilatación de nuestra vida y proezas individuales que generalmente se pierde el propio discernimiento. Jamás nos preguntamos cuáles son los méritos que nos han permitido ingresar en el grupo, ni qué cosa hacemos para justificar el derecho de apropiarnos el valor de las acciones de los otros compañeros. Compartimos el honor y el deshonra, el éxito y el fracaso, por más alejados que nos encontremos personalmente de las influencias que lo produjeron. El hombre es de temperamento invenciblemente social, y sus anhelos por goces y devoción en comunidad son tan urgentes que nada imagina de naturaleza más noble que sus penas y alegrías de corporación.

La razón de que seamos invenciblemente sociales en nuestras aspiraciones parece ser muy sencilla. Por medio de un proceso que se extiende a millares de años el individuo poco sociable ha sido largamente eliminado por aquello que en biología se conoce como natural selección. En tanto que nada

sepamos de la vida social de nuestros paleolíticos antecesores sino por inferencias de los salvajes modernos, está bastante justificado presumir que vivían en grupos; pues parece que de otro modo no habrían podido sobrevivir ni fundar los principios de la civilización, acordado que la civilización se produce esencialmente por la existencia de agrupaciones. Por varios otros motivos es también conveniente presumir que aquellos grupos empeñaban entre sí guerras suficientemente continuas y sangrientas para provocar un proceso de selección que con el tiempo hubo de resultar en favor de la supervivencia de ciertos grupos en los cuales el espíritu cooperativo estuviera más acentuado, y en la extinción de los que carecieran de aquellas cualidades que reúnen a los hombres en una empresa común ¹.

Sea como quiera lo que pensemos de la guerra, no veo la posibilidad de desprenderse del hecho fundamental histórico de que todos descendemos de una larga línea de antepasados salvajes que peleaban bien y a quienes agradaba batallar. Las naciones modernas han brotado de los grupos que desarrollaron aquellos rasgos sociales característicos de cooperación y lealtad que decidían el éxito del ataque y la defensa, siendo esto tan esencial como el alimento para su vida y la propagación de su raza. Esta aserción

¹ El Profesor Veblen, en «The Instinct of Workmanship», p. 123, insiste fuertemente en que la antigua idea de que las tribus humanas estaban en los tiempos primitivos empeñadas en guerras continuas no puede comprobarse satisfactoriamente, y que el progreso de la civilización presupone condiciones de paz suficientes para haberlo generado. Por mi parte, me expreso cautelosamente sobre este punto, no deseando exagerar la influencia de la guerra que, después de todo, es solamente un aspecto de nuestra naturaleza rebañega.

parecerá quizá muy desalentadora a algunos de los lectores; pero es la única manera de expresar que, históricamente, la cooperación guerrera ha desempeñado un papel decisivo en hacer del hombre una especie de animal inclinado por naturaleza a la cómoda y entusiasta organización social.

El hombre es, en consecuencia, un animal *belicoso*, pero esto no implica que sea por naturaleza un animal *pleitista*. Como manifestaba últimamente el doctor Federico Woods, el instinto belicoso individual es, desde el punto de vista social, *opuesto* al rebañego instinto guerrero. El hombre pendenciero que fácilmente se deja arrastrar a la violencia personal pronto será reconocido como una molestia para la comunidad. «El temperamento que no se adaptaba al ambiente de los grupos, quedaba de hecho descartado.» ¹ No podía tolerarse dentro del grupo destrucción diversa de la establecida, so pena de disminuir las probabilidades de victoria de la comunidad en el conflicto futuro con sus vecinos. Creo que esta distinción confortará a muchos que tienen conciencia de su actitud más que conciliadora hacia sus semejantes. Los hombres son ordinariamente pacíficos dentro de su agrupación, o por lo menos no hacen gala de sus instintos belicosos individuales en forma mortífera; pero dejemos despertar el antiguo y hereditario espíritu de cuerpo, y los hombres de mayor cultura correrán a las armas, alentados en su acción por las mujeres de mayor cultura.

La defensa de la propia agrupación es, por consiguiente, instinto humano y no cuestión de educa-

¹ Woods y Báltzley. «Is War Diminishing?» Introducción.

ción como muchas otras cosas a las cuales denominamos «naturaleza humana». «El instinto reside allí simplemente por ser instinto, semejante en esto a todos los demás instintos heredados con el germen del plasma de la sangre. Nada significa que los ascendientes inmediatos de un hombre hayan o no tomado parte en batallas»¹. Los biólogos modernos han perdido ya toda esperanza de disminuir la fuerza del rebañego instinto guerrero que continuará latente en todo su vigor aun cuando varias generaciones hayan transcurrido sin caer en la guerra. Nuestra actitud debe dirigirse a la apreciación completa de las relaciones íntimas y originales entre la cooperación de grupo tan preciosa e indispensable para el hombre y el instinto de defender el grupo mismo o mejorar sus intereses por la violencia, que significa guerra.

II

No hemos comenzado discutiendo la guerra sino la nacionalidad. La guerra actual, sin embargo, es lo que ha forzado nuestra atención hacia la nacionalidad, y la razón es obvia. El espíritu de cuerpo se manifiesta en dos orientaciones diversas: dentro del grupo se define en cooperación amistosa y leal, en estimación exagerada de las hazañas del grupo y deleite en recordar que somos miembros de la comunidad; pero todos estos rasgos se exaltan inmensamente por la consciente rivalidad con otros grupos, y en particular por ataques reales o supuestos del exterior. El patriotismo se compone de dos ele-

¹ Woods y Báltzley «Is War Diminishing?», p. 21.

mentos muy distintos: amor de su propia patria, y desdén y antipatía por los demás pueblos. Desgraciadamente, una vez que llegan a despertarse estos últimos sentimientos, asumen extraordinaria intensidad y carencia de discernimiento. Un individuo que jamás hubiera demostrado el menor espíritu público y que consecuentemente hubiera evadido con destreza el pago de sus impuestos en tiempo de paz, correría a las trincheras al son de la corneta, arrastrado por propiedades innatas de su naturaleza de las cuales él mismo nunca habría sospechado la existencia. La danza guerrera la tenemos en la sangre. Y esto no es simplemente figura oratoria sino conclusión científica y auténtica basada en observaciones históricas y antropológicas. Como lo expresa el señor Max Eastman: «La disposición del pueblo europeo, agrupado en naciones, para lanzarse a la guerra cuando su patria está amenazada, y de creerla amenazada con el pretexto más ligero, parece residir en el tejido nervioso lo mismo que la defensa propia. Hombrés que no contribuirían al bienestar público con ocho centavos en tiempo de paz, arrojan a los vientos su capital, su crédito, sus expectativas comerciales, y sacrifican también su vida como una bagatela al influjo de una concepción extraña y abstracta llamada el Estado.» Jamás podríamos explicar esto sin admitir que aquella concepción abstracta, por ajena que parezca a nuestros intereses y aspiraciones diarias, es el equivalente moderno del grupo que formaba la tribu en la cual nuestros selváticos antecesores nutrieron la naturaleza que nos han transmitido a nosotros sus descendientes.

En la superficie, el nacionalismo, como lo consideramos hoy, es un producto altamente sofisticado de teorías e hipótesis acerca de las peculiaridades de raza de ciertos pueblos, deducidas de su pretendido temperamento innato y de sus antiguas proezas guerreras, literarias, artísticas, religiosas y comerciales. Sirviéndole de base, sin embargo, se encuentra el primitivo impulso jamás fenecido de la solidaridad de tribu, hasta el cual se puede trazar la línea retrospectiva paso a paso; aquella tendencia informe, inconsciente, instintiva, compartida probablemente por todos los pueblos que hoy alientan en la faz del globo, sea cualquiera su grado de civilización; tendencia común tanto a los hombres de las selvas y a los aborígenes australianos como a los alemanes, franceses e ingleses de la clase más elevada. Pero el hecho de que el nacionalismo sea una manifestación impulsiva del instinto no disminuye en manera alguna el interés y la importancia de su desenvolvimiento histórico. Semejante al instinto sexual, más antiguo aún, y más impulsivo, se manifiesta el nacionalismo en mil formas diversas, y podría sujetarse a un proceso de «sublimación,» como se recomienda para el esfuerzo de enmendar y restringir los resultados desmoralizadores de la atracción del sexo.

El patriotismo, el amor de la *terra patria* o país natal, es una invención reciente. Durante la mayor parte de su existencia ha vagado el hombre sobre la faz de la tierra como un cazador, y mal podía sentir la dulce y permanente atracción del árbol o de la roca que le vio nacer. Heraldos de la emo-

ción territorial fueron las emociones de grupo, de la tribu, casta, familia o agrupación emblemática de cualquier clase, y las peculiaridades que de allí hubieran podido originarse y vivir a su sombra. A pesar de que la Agricultura comenzó, diez mil años ha, a detener a los hombres en el mismo lugar hasta que pudiera aprovecharse la cosecha, existían todavía muchas otras razones además del hábito para hacerles continuar su vida aventurera.

Los primeros movimientos de lo que puede llamarse propiamente emoción nacional se encuentran expresados en el Antiguo Testamento. Las doce tribus confederadas de Israel (o por lo menos lo que de ellas había quedado después del destierro) mantenían en Judea y aun en plena dispersión la poderosa y múltiple convicción de intereses comunes, de origen común y de glorioso porvenir. Las ciudades de Grecia y sus colonias, diseminadas como se encontraban, tenían no solamente el patriotismo local sino un sentimiento común de superioridad, y cierta solidaridad teórica indicada por el comprensivo nombre de helenismo. Los escritores romanos hablan mucho del amor patrio. Cicerón declara que de todos los lazos sociales son los más fuertes y los más amados aquellos que nos unen al Estado. «Los padres nos son caros, los hijos nos son caros, como lo son también nuestros parientes y amigos; pero la patria encierra por sí sola todo el amor que dedicamos a cada uno de los demás». («De officiis», I, XVII, 57). Las obras de los estoicos, de igual modo que ciertos pasajes de los últimos profetas hebreos, nos ofrecen las primeras protestas conscientes contra el patriotismo. La vasta extensión del imperio

romano y la intrusión de religiones cosmopolitas como el mitraísmo, el judaísmo converso, el neoplatonismo y el cristianismo deben haber minado el antiguo patriotismo nacido en las ciudades que representaban estados, el cual no podía menos que sufrir con la competencia de aquella rivalidad absorbente de sentimientos.

La Edad Media tuvo su grupo especial de fieles al dominio feudal y al monasterio, a la comunidad y al gremio, a la vez que a la suprema entidad mística de la Santa Iglesia Católica. Las diversas combinaciones feudales y la debilidad de las monarquías dejaron poco campo probablemente para la expansión de algo semejante al moderno sentimiento nacional.

III

Hasta donde yo sé, el nacionalismo no tiene historia. Si la tuviera, habríamos de recordarla siquiera por vía de introducción como haríamos entre otras cosas con los ejemplos más o menos evidentes de la manifestación del espíritu de cuerpo que he trazado a la ligera. El paso siguiente nos llevará a esbozar el desenvolvimiento del moderno Estado nacional. Acostumbramos distinguirle y señalarle puesto aparte de los feudos y ciudades que lo formaron paulatinamente; del cosmopolita imperio romano y de las antiguas ciudades que representaban estados, tanto como de aquello que llamamos con cierta vaguedad el despotismo oriental. Es evidente que nuestros actuales sentimientos nacionales tienen algo que ver con el estado nacional, pero me inclino a creer que el estado vino primero y que después se creó la emoción. Pues descontando la anómala Suiza y tal vez Holanda, los estados nacio-

nales han crecido todos hasta convertirse casi en dinastías. En lugar del sentimiento nacional tenemos que reconocer la lealtad del vasallo hacia su rey. Apoyados por sus fieles vasallos combatieron los reyes uno contra otro para ensanchar sus dominios. No daban pretextos nacionales ni de raza sino que reclamaban su derecho de nacimiento o de sucesión feudal. Haciendo caso omiso de razas y de idiomas, los reyes de Inglaterra subyugaron o trataron de subyugar Gales, Escocia, Irlanda y toda la parte occidental y meridional de Francia. Los reyes franceses hicieron reclamaciones a Inglaterra y pretendieron algunas veces extender su dominación sobre las regiones occidentales de Alemania y sobre la Italia septentrional y meridional. Los monarcas de España dominaron Portugal por algún tiempo, de igual manera que ciertas zonas del sur de Italia. Los Hapsburgo alemanes se han mostrado siempre perfectamente indiferentes con respecto de la raza, lenguaje y tradiciones históricas al constituir el híbrido imperio sobre el cual mantienen hoy su autoridad. Los cismas religiosos facilitaron de vez en cuando pretextos para el engrandecimiento territorial. La doctrina del equilibrio de los poderes tuvo también sus adeptos, y los monarcas franceses insistieron en la definición de «fronteras naturales», aunque más bien en forma geográfica que racial. Así es fácil observar que el espíritu nacional no sobresalía mucho entre las diversas fuerzas que produjeron el moderno sistema de estados. Hacia fines del siglo dieciocho, la raza, lenguaje y tradiciones comunes no se tomaron mucho en cuenta para la nueva y efectiva distribución de territorio que se intentaba,

y de entonces acá se ha tratado a menudo aquella Napoleón de tal modo a promover el progreso de circunstancias con igual despreocupación. De suertes instituciones democráticas y de la nacionalidad que llegamos a la conclusión de que sea cualquiera en la Europa occidental, que puede considerarse fuerza que haya actuado para generar el estado nación cierto modo el padre putativo de ambos ideales. nal, muy poco puede atribuirse al espíritu nacional; Sus plebiscitos eran nulos en la práctica, pero re- los acontecimientos se han desarrollado en diversa viaronocian altamente el derecho del pueblo para de- habiendo salido a luz vastos estados por la voluntad idir en asuntos vitales. Era amigo de la constitu- de los monarcas y de sus ministros, debido tal vez aión—siempre que él mismo la formulase. Luego, las variables condiciones económicas han servido aquea intentona de colocar a su hermano José en el llos estados territoriales más extensos para estimularono de España, provocó una verdadera rebelión el antiguo e indomable espíritu de tribu en forma mánacional que dió por resultado la constitución de 1810 moderna y con moderna justificación. Me impresionay todas sus renovaciones e imitaciones ulteriores. En sin embargo, la honda complejidad de la situación estalia levantó el deseo de la unidad nacional y la general y no tengo la pretensión de analizarla. Quienexpulsión del extranjero, ideales adormecidos desde solamente indicar algunos hechos históricos que deberel tiempo del clamor desesperado de Machiavello. tenerse en consideración al trazar el desenvolvimientoEl es el fundador de la Alemania moderna. El triunfó del nacionalismo en la forma que hoy lo comprendemos en la labor en que habían fracasado los emperado-

En tanto que los estados estaban formados de vares alemanes desde Ottó el Grande, consolidando a sallos más que de ciudadanos el sentimiento moderat extremo los desmembrados territorios, que los no de nacionalidad encontraba campo poco propicio enestados restantes, engrandecidos y reforzados, pudie- que desarrollarse. La nacionalidad, según nuestra inron formar entonces una sólida confederación con- terpretación del término, es la concomitante de otrvirtiéndose en una gran potencia internacional. Sus entidad simbólica, la democracia. La revolución franrestrictiones acerca de la magnitud del ejército pruce- sa comenzó, es verdad, en un período de filosofiano después de la victoria de Jena, sugirieron a fia cosmopolita—pues era ésta la tradición de losSchárnhorst, Gneisenau y Boyne el subterfugio que *filósofos*—y el ejército francés se propuso liberar depuso a Prusia a la cabeza del militarismo europeo, la tiranía a los demás pueblos en nombre de los está ahora costando millones de vidas ofrendadas derechos del *hombre* y no de la *nación*. Pero aun la causa de la nacionalidad. cuando de manera incidental y desviada, contribuyó No solamente se modernizó Prusia por la aboli- ción de la servidumbre y del antiguo sistema de

1 En la época de la unificación final de Alemania y de Italia, que se realizó en 1870-71, no puede desconocerse que el espíritu nacional desempeñó un papel muy importante.

clases sino que el primer orador pico de oro de la nacionalidad fué arrancado a sus filosóficas conside-

raciones para cantar las glorias del *Deutschthum* (espíritu del pueblo alemán). En el cuarto y quinto de sus nunca bien ponderados discursos pronunciados después de la batalla de Jena, hace notar Fichte las marcadas diferencias que existen entre los alemanes y los demás pueblos de la Europa occidental. Aquella porción de alemanes que ha permanecido en su primitiva residencia posee, asegura Fichte, tal potencia y vigor autóctono que les garantiza la supremacía natural. Como tuvieron su *Urvolk* (origen propio) tienen su *Ursprache* (habla propia) que puede trazar retrospectivamente su ininterrumpida historia hasta la primera sílaba que pronunciaron. El idioma alemán ha sido por sí solo desde el principio una espontánea efusión de su potencia natural; en comparación, las demás lenguas de la Europa occidental son nada más que un expediente forjado para salir del paso. Son expresiones muertas cotejadas con la siempre viva lengua alemana cuyas raíces ahondan en el terreno original donde brotaron. *Zwischen Leben und Tod findet gar keine Vergleichung statt* (Entre la vida y la muerte no hay comparación). Pues que el idioma hace al hombre más bien que el hombre al idioma, el estudioso alemán puede dominar las demás lenguas de Europa en forma de comprenderlas mejor aún que aquellos que las conocen desde la infancia; puede penetrar al extranjero mejor de lo que el extranjero puede penetrarle. El extranjero tiene ocasión de conocer a un alemán solamente por medio de la penosa adquisición del idioma, y ningún ex-

EMOCIÓN = sentimiento. — ALENTAR (H.) = respirar, vivir.

traño es capaz de triunfar en la labor de traducir el alemán en todo su profundo significado.

Este idioma original, con su adaptación peculiar para expresar ampliamente todas las ideas y aspiraciones, es el vínculo poderoso que enlaza a todos los alemanes dando a la nación intensa unidad y armonía. Sólo los alemanes tienen el verdadero anhelo y los propósitos esenciales para establecer un sistema de educación nacional que dé por resultado la más elevada moralidad (*reine Sittlichkeit*). A semejanza de otras naciones, sus jefes imparten ampliamente sus descubrimientos al pueblo, en vez de hacer uso de su habilidad superior para explotarle como ciego instrumento a favor del logro de sus egoístas ambiciones. Gracias a su idioma y a todo lo que ello implica, los alemanes pueden contemplar en el porvenir expectativas de progreso mientras los demás pueblos tienen sólo la posibilidad de mirar hacia atrás para rememorar la edad de oro que jamás volverá para ellos.

Las presunciones de Fichte acerca de la inherente superioridad germánica se llevaron mucho más lejos en varios sentidos por Hegel en su famosa «Filosofía de la Historia», basada en una serie de conferencias celebradas en Berlín durante el semestre de invierno de 1822 a 1823. Describe allí las emigraciones del espíritu del universo que encarnó por primera vez entre los persas, buscó luego su completa realización entre los griegos y los romanos, y finalmente sentó sus reales, por decirlo así, entre los alemanes. A ellos, dice Hegel en su estilo característico, les está asignado no solamente el papel de poseedores de las ideas de libertad, «sino el de exponerlas en libre y espontáneo